

**CALABAZAS**



*en el trastero*



*Monstruos de cine*



Presenta

**CALABAZAS**



*en el trastero*

# CALABAZAS



*en el trastero*



*Monstruos de cine*

**Créditos:**

**Primera edición digital:** marzo 2016  
**Código:** COD 9785400038635050073

**Ilustración de portada:** Pedro Belushi  
**Maquetación y diseño:** Miguel Puente y Kachi Edroso  
**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso  
**Prólogo (cortesía de Nocte):** Elías Fosco  
**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Autores:** Andrés Abel, Ignacio Cid Hermoso,  
Juan Carlos Colorado Fernández, Luis González Moreiro,  
Carlos L. Hernando, Javier Lacomba Tamarit,  
Juan Ángel Laguna Edroso, Enrique Luque de Gregorio,  
David Marugán, Elena Montagud [Yume],  
Carmen del Pino (Raelana Dsagan), Gema del Prado y  
Darío Vilas Couselo

**Edición:** Saco de huesos  
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza  
**Más información:** [www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

## **Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Prólogo: monstruos de cine

Desde el inicio del cine, un 28 de diciembre de 1895, el hombre ha tratado de plasmar en este nuevo formato los monstruos que le acompañan desde que tiene uso de razón. Aunque la primera película pensada para asustar tardó quince años en proyectarse (*Frankenstein*, 1910), el cine causó espanto desde el mismo día de su estreno. El film que los hermanos Lumière usaron para mostrar su invento, *L'arrivée d'un train à La Ciotat* (*La llegada del tren*), que mostraba la llegada de un tren a la estación de Ciotat, provocó auténtico pavor entre los primeros espectadores, que gritaban y escapaban de la sala creyendo que un tren se les echaba encima.

Desde entonces muchas fueron las películas terroríficas que espantaron a generaciones enteras, y muchos fueron sus monstruos. *El Golem* (Paul Wegener, 1915), *El gabinete del doctor Caligari* (Robert Wiene, 1920), *Nosferatu, el vampiro* (F. W. Murnau, 1922), *El jorobado de Notre-Dame* (Wallace Worsley, 1923), *El fantasma de la ópera* (Rupert

Julian, 1925), *M, el vampiro de Düsseldorf* (Fritz Lang, 1931).

Decir que la imaginería cinematográfica bebía de la narrativa oral y escrita es faltar un poco a la verdad. Lo hacía, sí, pero pronto comenzó a parir sus propios monstruos. El vampiro, el hombre lobo, el zombi haitiano, el golem, el fantasma o el diablo no tienen mayor peso en este universo visual y sonoro que Godzilla, los Critters, las sanguijuelas mutantes de *Vinieron de dentro de*, *Alien*, el psicópata invencible Michael Myers de *Halloween* o los zombis de Romero. Todos besaron el santo, aterrorizaron a millones de espectadores. Nacieron de la nada y perduraron en el subconsciente colectivo como otro monstruo a tener en cuenta.

Han pasado ya cien años y contra todo pronóstico la influencia del celuloide no ha hecho más que crecer. Ha creado sus propios iconos, nos ha cambiado la forma de vestir, de expresarnos, de movernos. Ha servido para derrocar gobiernos, criticar desafortunadas acciones militares en países exóticos, destapar casos sonados de corrupción y malversación de fondos, especular sobre la autoría de asesinatos históricos, y también engañar al mundo y manipular a las masas. Como todo aquello

que cae en manos del hombre, el cine ha servido para ensalzar los valores más nobles y los más viles. Pero, sobre todo, ha servido para ahondar en la esencia de nuestros miedos y obsesiones.

Henry Lee Lucas de *Henry, retrato de un asesino*, Hannibal Lecter de *El silencio de los corderos*, o Patrick Bateman de *American Psycho* exploraron al monstruo cercano, el mismo hombre que es un lobo para el hombre, el terror realista. Freddy Krueger de *Pesadilla en Elm Street*, el Leprechaun de la película del mismo nombre, Horace Pinker de *Shocker, 100000 voltios de terror*, o incluso el diablo Pazuzu de *El exorcista*, exploraron al monstruo alegórico, del que nadie puede escapar porque trasciende la realidad física y bebe del subconsciente y de los sueños.

El cine los encumbró, los clasificó como fenómeno de masas, a pesar de que muchos de ellos nacieron de la literatura.

Esto fue posible porque el celuloide, al contrario que otros medios masivos como la radio o el periódico, goza de una mayor aceptación y popularidad. Para las personas del siglo XXI es la ventana al mundo, el medio de difusión por excelencia. No ya por la facilidad que le da al

espectador, el cual no tiene que realizar ningún esfuerzo para sumergirse en el mundo que le muestran, un mundo visual y sonoro, de fuegos de artificio y pantallas gigantes, sino por la inmediatez con la que una historia contada, ya sea verídica o fantástica, se muestra ante sus ojos.

Como era de esperar, ha sido tal su influencia que consiguió cambiar la forma de entender y afrontar la literatura y la narrativa. Ahora se habla de novelas visuales, incluso cinematográficas, por usar técnicas muy próximas al lenguaje visual, que nacieron de este y se reflejaron en el lenguaje escrito como una forma más de narrar una historia. No todos los recursos son extrapolables, en efecto. En el cine de terror priman los ruidos fuertes y el volumen de la banda sonora *in crescendo* para alcanzar el clímax, por ejemplo, una técnica impensable en el lenguaje escrito. Pero sí es cierto que el cine influyó en la literatura. Existió y existe un *feedback* continuo entre ambos mundos que los dinamiza y enriquece. Que los cambia constantemente.

Por eso ahora nosotros queremos cerrar el círculo con este especial *Monstruos de cine de Calabazas en el trastero*. Lo sentimos como una vuelta a los orígenes, de los cuales el cine jamás ha renegado. Lo



vemos como una puerta que se cierra por el momento, como un digno tributo a ese invento inútil de los hermanos Lumière, que causó espanto desde el mismo día de su estreno.

Es, a fin de cuentas, un guiño a los monstruos que nos hicieron gritar, encogidos de miedo en la butaca del cine, o en el sofá de casa, tapándonos la cara con las manos, separando mínimamente los dedos porque en realidad, por mucho que nos duela admitirlo, no éramos capaces de dejar de mirar. De estremecernos. De sufrir y deleitarnos con aquellas terribles películas que marcaron nuestra vida y nos trajeron a este día.

Y a este momento.

**Elías Fosco**

# El pianista

Por Raelana Dsagan

Cuando Pierre Guibon regresó de París, trajo consigo la última sensación de la capital. Todos sus convecinos habían oído rumores sobre el cinematógrafo, pero casi nadie en Le Barroux, un pequeño pueblo en la Provenza, lo había visto todavía. Pierre traía cinco películas que había comprado junto con el proyector y varios rollos de celuloide con el que esperaba grabar a sus vecinos, tal y como había visto en las representaciones de los Lumière.

No le fue difícil convencer a su viejo amigo Gilles Salier para que le alquilara su granero y lo llenó de sillas frente a la gran pantalla blanca donde proyectaría las películas, como hacían en París. La expectación que había producido su regreso era mucha y Pierre contaba con la curiosidad de sus vecinos. No temía las miradas desaprobadoras ni los comentarios malintencionados, Pierre confiaba en el éxito de su nuevo negocio e intentaba animar el

escepticismo de su mujer, Marie. Ella se cruzaba de brazos y miraba a su esposo con desconfianza, pero lo dejaba hacer.

El día del estreno el granero no fue suficiente para contener a la gente, llegaron incluso de pueblos vecinos y tuvo que dar tres funciones seguidas para contentarlos a todos. Las opiniones no tardaron en aparecer: Paulette, la panadera, dijo que era un invento del demonio mientras se santiguaba, pero volvió a acudir a la semana siguiente; Niquet, el farmacéutico, sentía fascinación y estrechó a Pierre la mano tres veces mientras su mujer, Louise, no se mostraba tan entusiasmada porque ella ya lo había visto en Nimes y no dejaba de hacer comparaciones: se quejaba porque en las funciones de Pierre no había música. Pierre pensó que tenía razón, en todas las proyecciones que había visto en París siempre tenían un pianista, así que habló de ello con sus amigos y todos estuvieron de acuerdo en que las películas ganarían con música.

La curiosidad por el cinematógrafo no decayó tras las primeras funciones. El granero siempre estaba lleno y Marie, contenta por el éxito del negocio; pero Pierre no dejaba de pensar en introducir mejoras y compró un piano de segunda

mano, aunque apenas sabía tocar tres notas. A Marie le pareció un gasto inútil, pero Pierre no hizo caso de sus protestas.

Fue Niquet quien le habló del español. Este vivía en una de las casuchas más ruinosas a las afueras del pueblo y era cliente habitual de la peor taberna de la localidad, donde a veces tocaba un destartalado piano al que le faltaban la mitad de las teclas a cambio de unas monedas o un vaso de ajeno.

Pierre se había cruzado a veces con él, se había fijado en el abrigo raído que llevaba con el cuello levantado y el sombrero calado hasta las cejas; su prominente nariz aguileña era lo único que se distinguía de su rostro en sombras y la mayoría de la gente se apartaba de él cuando lo veía. Nadie sabía exactamente cuánto tiempo llevaba en el pueblo, pero hablaba francés con un marcado acento español.

Pascual Sotomayor decía llamarse; fueron las primeras palabras que Pierre le oyó pronunciar cuando llegó al granero y le tendió la mano. Una mano grande, de largos dedos que chocaron los suyos con mucha fuerza. Le sorprendió la altura del español y, cuando este se despojó del sombrero y el

abrigo, entendió por qué solía llevar el rostro cubierto.

Nunca debió de haber sido un hombre guapo. Tenía los ojos demasiado juntos y hundidos, la nariz aguileña demasiado grande y mostraba una hilera de dientes amarillos cuando sonreía. De todas formas, ahora eso no era importante. Nadie se fijaba en sus facciones porque no podían apartar la vista de su perfil derecho, allí donde la cara había perdido sus rasgos y mostraba un amasijo necrosado. Pierre desvió la mirada con rapidez mientras le señalaba el local, le hablaba de su negocio y le explicaba lo que se esperaba de él. Tocaría a oscuras, le dijo, eso lo repitió varias veces sin darse cuenta de que la insistencia podía resultar ofensiva. Pascual no parecía prestar atención a sus palabras. Miraba el piano con algo parecido al deseo y no parecía importarle la incomodidad de su patrón. Se acercó al instrumento y tocó algunas teclas, quizás las que le faltaban al viejo piano de la taberna.

—Me quemé —dijo simplemente, aunque Pierre no le había preguntado nada.

Pascual se sentó sin pedir permiso y comenzó a tocar. Los dedos se movían ágiles, libres, como si la música saliera de ellos en lugar del instrumento.

Iban solos, parecía que Pascual no tenía que pensar en qué tecla debían posarse. Los dedos lo sabían. Pierre quedó admirado y lo contrató, esperando que con el tiempo el aspecto del pianista dejara de resultarle incómodo.

*Madame* Niquet no pudo quejarse de la falta de música en la siguiente función, salió asombrada del virtuosismo del pianista y recomendando a todas sus amigas que no se perdieran la próxima proyección. Algunos se burlaban del aspecto del pianista o le miraban de reojo: Jacques, el hijo pequeño de Salier, a veces le tiraba piedras desde lejos durante los ensayos, pero Pascual nunca se inmutaba: sólo se volvió hacia él una vez cuando una de las piedras rozó el piano. Entonces se giró hacia el niño y lo miró fijamente. Jacques salió corriendo, aunque Pascual no llegó ni a levantarse del banco donde se sentaba.

El pianista era un hombre huraño y solitario. Apenas hablaba y bebía demasiado, pero nunca había faltado a ninguna proyección, nunca se retrasaba ni fallaba una nota y en la oscuridad su aspecto y sus modales no parecían suponer un problema. A Marie no le gustaba, nunca le dirigía la palabra y le había dicho a su esposo más de una vez

que un músico era un lujo innecesario para su modesto negocio. Pierre aducía que las cosas iban bien: llegaba gente de los pueblos vecinos para ver las proyecciones, podían permitirse pagarlo y en todos los cinematógrafos de París tenían un pianista. Las películas lo necesitaban.

Pierre tenía grandes planes, quería filmar sus propias películas. Imaginó que a sus vecinos les gustaría verse en la pantalla y un día se puso a grabar en la plaza del pueblo. Esa proyección tuvo tanto éxito como las que había traído de París, aunque Paulette, la panadera, había protestado al verse con el delantal manchado de harina mientras barría la puerta de su establecimiento. Fue la única. Los niños, sobre todo, estaban encantados.

La segunda película que rodó tuvo actores voluntarios entre la gente del pueblo. Se acercaban y le pedían aparecer en ella. Pierre los complació a todos y filmó a Paulette con el traje de los domingos.

—¿Qué es esa sombra? —Marie a veces se quedaba con él en el granero, mientras montaba la película. No era tan hábil como los Lumière, pero en Le Barroux nadie se daba cuenta.

Pierre miró la mancha oscura que señalaba su mujer, intentando recordar el momento en que grabó esa secuencia.

—Es Pascual —respondió—. Quise grabarle pero se apartó.

—Deberías quitar esa imagen —dijo ella, estremeciéndose.

—¿Por qué?

—Es... inquietante. Da miedo.

Pierre no hizo caso de las aprensiones de su mujer y dejó la imagen en la pantalla. *Da miedo*. No dejaba de pensar en las palabras de Marie, recordaba las historias de su abuela, siempre de terror, que tenían a los niños con la boca abierta en las noches de invierno. ¿Podría conseguir eso con su cinematógrafo? Contar una historia fantástica y no simplemente mostrar imágenes, como hacía Méliès... No conseguía quitarse la idea de la cabeza aunque, cuando lo comentaba con su esposa, ella no mostraba el más mínimo entusiasmo.

—Será complicado —decía, y Pierre torcía el gesto pero le daba la razón. Si al menos pudiera dejar de pensar en ello... pero no podía, la historia estaba tomando forma, se desarrollaba, crecía, podía verla en imágenes si cerraba los ojos. ¿Por qué no



intentarlo? Su insistencia terminó por convencer a Marie.

Los niños del pueblo aceptaron colaborar entusiasmados. Solo tenían que correr y gritar cuando se lo indicara. Para el monstruo que debía aparecer en la película no dejaba de pensar en Pascual. Si aceptaba salir sin el sombrero apenas necesitaría maquillaje. Pierre pensaba en los largos dedos del pianista, semejantes a garras. Marie no quería ni hablar del tema, pero Pierre consiguió persuadirla para que cosiera el disfraz.

A Pascual no fue difícil convencerlo. Al principio el pianista lo miró sin comprender qué pretendía y Pierre insistió en la palabra disfraz para que no se sintiera ofendido. Habló de su impresionante altura. No verían al hombre que era, sino otra cosa, un monstruo fantástico que asustaría a los niños que se burlaban de él. Esta última frase pareció convencer del todo a Pascual, que aceptó ponerse el disfraz y mirar amenazadoramente a la cámara mostrando el perfil derecho, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas hacia el objetivo como si quisiera agarrarlo.

Marie fue la primera que vio el resultado. A solas en el granero, las imágenes pasaban frente a ella.

Pierre observaba sus reacciones, sus escalofríos, la forma en la que cerraba los ojos pero, de pronto, dejó de mirarla. Se sintió atrapado por la imagen de Pascual: ocupaba toda la pantalla, se dirigía a él, parecía querer salirse de la película, extendía las manos. Marie gritó. Pierre dijo que se sentía satisfecho con el efecto que había conseguido, aunque él mismo había quedado con el corazón encogido por la proyección.

Al día siguiente se la mostró a Pascual, que quedó entusiasmado con la película. Se marchó pronto y el día de la proyección llegó mucho más temprano de lo habitual y completamente sobrio. No hizo caso a las habituales burlas de Jacques y le pidió a Pierre que se sentara con él al piano para enseñarle la música que había preparado. Los dedos comenzaron a pulsar las teclas. La música era oscura, siniestra aun cuando todavía la luz entraba a raudales en el granero. Pierre sintió que las cosas no podían ir mejor. Iba a asustar al público a través de los ojos y los oídos. Llegarían a sentir el terror como algo físico que estuviera entre ellos. Lo harían. Pierre cerró los ojos intentando imaginarse la melodía a oscuras. Se estremeció. Le pareció perfecta.

El granero se había llenado esa noche, todos los niños sentados en el suelo mientras los mayores ocupaban las sillas. Comenzó la proyección y los dedos de Pascual tocaron los primeros compases. Pierre había escuchado la música y había visto la película por separado, no imaginaba que el resultado fuera tan tétrico. Con la sala completamente a oscuras, el único punto de luz era la pantalla y no se podía apartar los ojos de ella. Pierre quería ver cuánta gente cerraba los ojos, pero no pudo: volvió a quedarse prendido en la imagen, con el corazón encogido. Escuchaba gritos a su alrededor, suspiros asustados, pero la música parecía ahogarlos, los dedos del pianista no se detuvieron ni un segundo, sin dar respiro al público. Llegó la escena cumbre, Pascual en pantalla, abarcándolo todo, su perfil necrosado vuelto hacia la cámara, sus manos extendidas. La música aumentó la tensión y toda la sala emitió un grito, incluso Pierre lo hizo, pero no pudo ocultar el aullido de dolor que llegó desde un rincón, un aullido que continuó, convertido en llanto, incluso después de que la imagen amenazadora desapareciera de la pantalla.

Se oyeron murmullos en toda la sala, Marie se acercó y le susurró que apagara el proyector.

Se encendieron las luces. Pierre se acercó hasta el rincón del que salían los sollozos, apartando a los curiosos. Marie atendía ya al niño, que se retorció en el suelo, aullando de dolor. Era Jacques, el hijo de Salier. Tenía la cara quemada como si le hubieran echado aceite hirviendo.

Pierre se volvió hacia Pascual, que seguía sentado en su banco, junto al piano. El pianista observaba la escena sin moverse, sus facciones no demostraban nada. Pierre se dijo a sí mismo que había estado todo el tiempo tocando.

Jacques tenía cinco marcas en la mejilla, como si se las hubieran grabado al rojo vivo, la señal de cinco dedos. Todos en el pueblo lo comentaban y todos empezaban a mirar con desconfianza al pianista. La gente no quería acudir ya al cinematógrafo y Salier, el padre de Jacques, le dijo a Pierre que tendría que buscarse otro lugar para las proyecciones.

Pierre se sentía culpable, pero no podía dar una explicación de porqué había ocurrido aquello. La imagen no era algo real, el monstruo no existía ni podía hacer daño y Pascual estaba sentado al piano mientras ocurría todo, tocando. *Tiene que haber sido una broma de alguno de los niños*, se decía; se

peleaban entre ellos, Jacques se burlaba de todos, sabían qué ocurría en la película porque habían participado en ella. Tenía que haber sido uno de ellos. Los interrogó, vio a algunos nerviosos, pero ninguno confesó.

Consiguió alquilar un viejo caserón que se caía a pedazos; tenía sus viejas películas, las que había traído de París. Marie le dijo que prescindiera del pianista, pero Pascual le rogó que no lo despidiera. Se ofreció a trabajar por la mitad del sueldo. No le importaba, pero necesitaba ese trabajo. Nunca volvería a tocar sobre un escenario, le dijo. Pierre le había ofrecido un sueño hecho realidad al permitirle tocar a oscuras.

Pierre se dejó convencer, a él mismo le parecía que las películas perdían mucho sin la música. Ahora venía menos gente a las proyecciones, pero no importaba, con el tiempo todo se olvidaría y así fue. La gente fue perdiendo el miedo, la novedad del cinematógrafo había desaparecido, pero era algo divertido y seguían acudiendo.

—Tienes que quemar la película —le decía Marie cada vez que veía los rollos cogiendo polvo. Nunca la llamaba por su título, como si solo pronunciar el nombre ya fuera malo. Pierre le decía que todo eran

tonterías. Era su película, no podía destruirla por una desafortunada casualidad. Su esposa no parecía entender eso.

—Son rollos de celuloide, como todos los demás. No tiene nada de especial.

—¿Y por qué no has vuelto a ponerla? —le desafió ella, enfadada.

Era cierto, no había vuelto a proyectarla, ni siquiera en la intimidad. Al principio se decía que el público no vendría a verla después de lo que había ocurrido pero, pasado el tiempo, la gente hablaba de ello y sentía curiosidad. Vendrían a verla. ¿Por qué no la proyectaba? ¿De qué tenía miedo? Si solo era una película.

Aceptó el desafío y la programó para el domingo siguiente. Pascual quedó encantado de volver a tocar la música tétrica que había compuesto para esa obra y la expectación hizo que la sala se llenara por completo, como no lo había hecho en meses. Algunos estaban impacientes, otros miraban a Pierre con recelo. Gilles Salier había enviado a su hijo a Nimes, con su hermana, pero opinó que aquello era una falta de respeto. Louise Niquet concordó en que aquello era un gran error y traería desgracias,

animando a sus amigas a que no asistieran a la proyección, pero al final todos estaban allí.

La película comenzó, el silencio era absoluto en la sala, un escalofrío recorrió al público cuando las primeras notas del piano comenzaron a sonar. Pierre se dijo que esta vez no le afectaría, que era una película más, pero volvió a quedar atrapado en cuanto el monstruo apareció en pantalla. Era real, como si estuviera delante de él, más real que el mismo Pascual que lo había interpretado, como si el hombre, en vez de ponerse un disfraz, se lo hubiera quitado.

Llegó la escena cumbre, la que encogía los corazones de todos y hacía que los gritos en la sala se multiplicaran. El monstruo parecía mirarte directamente, señalarte, la mano se acercaba al objetivo hasta que se desenfocaba para salir de la pantalla. El público gritó. Pierre esperó a que los gritos se acallaran, deseando que esta vez no pasara nada, pero un aullido de dolor se sobrepuso a todo y se hizo el silencio. Solo se oía la música y un grito de mujer. Pierre pensó que se complementaban, era como si a la música le faltara algo, necesitaba ese aullido que no era de miedo, sino de dolor.

Esta vez no esperó a que llegara Marie: apagó el proyector y encendió las luces.

—Mi rostro, mi rostro, me ha tocado. —Era *madame* Niquet. Sentada en uno de los extremos de la sala, casi en la última fila, se arañaba el rostro como si quisiera despegarse la piel. Tuvieron que sujetarla entre dos hombres para sacarla de allí.

Pierre sintió la mano de Marie en su hombro. «Te dije que quemaras esa película», parecía decirle. Louise Niquet no sabía qué había sucedido. Había visto al monstruo extender la mano hacia ella y había sentido que alguien tocaba su mejilla, unos dedos suaves que, de pronto, parecieron convertirse en fuego y se clavaron en su piel hasta dejarla marcada.

Acusó directamente al pianista, a pesar de las protestas de Pierre. Pascual estuvo tocando en todo momento, sus dedos no se apartaron del piano, no pudo haberlo hecho. Parecía que nadie le creía, pero tenían que rendirse a la evidencia. Algunos hablaron de brujería, la película estaba maldita. Pierre juró que nunca volvería a ponerla, pero no bastaba; prometió que la quemaría, el monstruo no volvería a salir en pantalla.



No fue suficiente. Pierre sentía las miradas torvas hacia Pascual como si las hicieran sobre él mismo. A él lo conocían desde niño, todos le apreciaban, Pascual era extranjero, era el español, el monstruo. *¡La película la rodé yo!*, gritaba Pierre, *en la pantalla aparece lo que yo quería que se viera*; pero era al monstruo al que veían, eran los ojos de Pascual los que te miraban. Al pianista no parecía importarle, seguía acudiendo cada noche a la sala de proyecciones a tocar, hubiera o no gente. Cada vez había menos.

—Tienes que despedirlo, la gente no volverá hasta que se vaya —le había dicho Marie.

Pierre sabía que era cierto. No quería hacerlo, pero no tenía más remedio. Esa misma tarde habló con él. Pascual se levantó del taburete, muy serio, Pierre no lo recordaba tan alto. Escuchó sus palabras sin que la más mínima emoción se mostrara en su rostro deforme. A Pierre le dio pena. Pascual miraba de reojo el piano, era como si le estuviera pidiendo que se separara de una de sus manos. Estaba a punto de cambiar de opinión, pensando en lo que perderían las películas sin música, pero el carraspeo de Marie y los ojos de su mujer clavados en la nuca le hicieron seguir adelante.

–Lo lamento –se disculpó–, nosotros también perdemos con tu marcha, pero no puedo hacer otra cosa. Puedes ir a París, te daré una carta de recomendación, conozco gente allí que te contratará.

Era un pobre consuelo, pero Pascual cogió la carta y no dijo nada. A Pierre le contaron que se fue directamente a la taberna y gastó allí la gratificación que le había dado, antes de ponerse en camino hacia París.

Aquella misma noche empezó a sacar los rollos de película, para quemarlos.

–En realidad ya no importa. Pascual se ha ido. ¿Recuerdas, Marie? La vimos la primera vez sin música y no pasó nada... es como si entonces hubiera estado incompleta.

–Pierre, es mejor quemarla. Podrás hacer otras películas.

–¿Sabes, Marie? Es irónico: el fuego destruyó el rostro de Pascual y ahora la película en la que aparece sufrirá el mismo destino. –Tenía uno de los rollos en la mano, lo miraba.

–Pierre...

–Podríamos verla por última vez –sugirió, intentando retrasar el momento. Marie se cruzó de brazos, pero emitió un suspiro y asintió.

El sonido del proyector retumbaba en la sala vacía, las imágenes parecían desprovistas de sentido al no estar acompañadas por la música. Allí, con las luces apagadas, a solas con su obra, Pierre pensó que no era del todo suya, que también era de Pascual y que así se veía incompleta. Eran sus dedos los que causaban el terror, pero sus dedos sobre el piano, no en la pantalla.

La imagen ahora no parecía tan amenazadora, el monstruo semejaba solo un hombre triste. Extendía las manos, suplicando, la mano izquierda salía de la pantalla, la derecha se acercaba peligrosamente. Pierre no sintió nada, no se oyó ningún grito, Marie permanecía en silencio. Suspiró cuando terminó la escena, en público la película nunca había llegado a mostrar el final.

Al terminar encendió la luz y apagó el proyector.  
—¿Lo ves, Marie? No ha pasado nada.

Marie no contestó. No se movía. Pierre se acercó a ella. La tocó y su mujer se desplomó en el suelo. No respiraba. Las marcas de su cuello, las señales de unos dedos como marcados a fuego, le decían que había sido estrangulada.

Encontraron a Pierre al día siguiente, en estado de *shock* y sentado junto al cadáver de su mujer. La

policía lo detuvo, pero él nunca confesó el crimen. Lo único que decía, que repetía una y otra vez como una letanía era:

—Faltaba la música, faltaba la música.

Jacques volvió a Le Barroux después de pasar veinte años en Nimes; ahora su pueblo natal le parecía pobre y pequeño. Le iban bien las cosas, aunque todas las noches se tocaba la mejilla y sentía las marcas grabadas en su piel. Preguntó por Pierre, pero solo encontró miradas torvas y pocas ganas de hablar de él. Había matado a su mujer, le dijeron, y se había vuelto loco. Estaba en el manicomio de St. Remy.

Jacques paseó por el pueblo recordando los lugares donde habían rodado la película. Había sido emocionante. Recordó al pianista que le daba miedo pero al que no podía resistirse a fastidiar. No había conocido el viejo caserón al que habían trasladado la sala de proyecciones cuando su padre echó a Pierre del granero. Ahora era un edificio abandonado donde decían que el fantasma de Marie lloraba por las noches. Jacques entró de día y encontró el viejo proyector, todavía con el último rollo de la película puesto. Nadie se había molestado en quitarlo, como

si el simple hecho de tocarlo ya fuera a traer mala suerte.

Sacudió el polvo. La película parecía estar en perfecto estado, como si no llevara veinte años sufriendo las inclemencias del tiempo. Jacques puso en marcha el proyector y se sorprendió de que todavía funcionara. Las imágenes comenzaron a pasar ante sus ojos sobre la pantalla raída que aún colgaba de la pared. El monstruo parecía más viejo ahora, como si hubiera envejecido igual que él se había hecho mayor. A Jacques le parecía que sonaba la música, desde el oscuro rincón donde solía sentarse el pianista. Miró hacia allí, con recelo. No había nadie. Jacques sacudió la cabeza y se sentó.

Era como volver al pasado. La imagen del monstruo, los niños corriendo y gritando, él mismo veinte años más joven, la música sonando desde el rincón... Se estremeció y, lentamente, llevó su mano a la mejilla, allí donde las marcas seguían grabadas en su piel. Puso los dedos sobre ellas y le pareció que encajaban perfectamente.

## Sobre la autora de «El pianista»:

**Raelana Dsagan (Carmen del Pino)** nació en Málaga. Es licenciada en Historia del Arte.

Ha participado en las antologías de relatos: *Calabazas en el Trastero: Tijeras, Clásicos y Zombis*, *(Per)Versiones: Monstruos de la literatura* y *Calabazas en el Trastero: Peste*.

Ha sido seleccionada como finalista en diversos certámenes como el III Premio Ovelles Elèctriques, el Concurso de relatos Abismo del Fénix, en el Certamen de Fantasía Oscura «Realidad incoherente» y en el Premio Domingo Santos 2010, alcanzó un tercer puesto en el III Certamen Monstruos de la Razón y un segundo puesto en el V Certamen de Microrrelatos Teseo, obtuvo menciones honoríficas en el Concurso de relato corto Sagas Épicas y en Fabricantes de sueños 2008.

Ha colaborado también en publicaciones digitales como NGC3660 o Los Condenados.

Podéis encontrar más información en su blog: <http://escritoenagua.blogspot.com/>